

Práctica arqueológica y política. Un diálogo con Marx a través de la acción local

Archaeological and political practice. A dialogue with Marx through the local action

Jorge ROLLAND CALVO

Departamento de Prehistoria, Instituto de Historia (CSIC). C/Serrano, 13. 28001 Madrid.
jrolland@ih.csic.es

Recibido: 13-06-2005
Aceptado: 20-09-2005

RESUMEN

La práctica arqueológica puede ser definida en un sentido científico y político al mismo tiempo. Esto lo demuestra el esfuerzo de algunos arqueólogos por conocer diversas formas materiales de poder a lo largo de la historia, en aras de una transformación libertaria de las realidades que vivimos. La investigación de esas formas de poder insiste, en el marco del debate marxista, en una perspectiva histórica matizada que contempla la tensión entre identidad y alteridad en las experiencias del poder. La práctica de esa investigación se desarrolla en el seno de las comunidades locales y las problemáticas y resistencias específicas que aparecen en ellas. Se confía en que con ese enfoque la contribución a la transformación sea eficaz.

PALABRAS CLAVE: *Poder. Materialismo histórico. Determinación material. Acción local. Materialidad.*

ABSTRACT

Archaeological practice can be defined scientifically as well as politically, as it emerges from the efforts made by some archaeologists to know different material forms of power through history, with a view to a libertarian transformation of present reality. The investigation of those forms of power focuses, in the context of a Marxist debate, on a qualified historical perspective underlining the existing tension between identity and alterity in power experiences. That investigation is carried out within local communities and taking into account the specific problems and resistances that arise inside them. This approach should contribute, it is hoped, to an effective transformation.

KEY WORDS: *Power. Historical materialism. Material determination. Local action. Materiality.*

SUMARIO 1. Introducción. 2. ¿Qué historia? 3. ¿Para qué una historia matizada? 4. ¿Cómo realizar una historia matizada del poder?

1. Introducción

Los arqueólogos hacemos historia estudiando los restos materiales del pasado y la información generada y acumulada a lo largo de la trayectoria de la disciplina. Algunos de nosotros y nosotras nos interesamos particularmente por las experiencias del poder y la autoridad a lo largo de la historia. En esta ocasión quiero preguntarme qué historia del poder quisiéramos hacer algunos arqueólogos, para qué y cómo hacerla.

Defiendo una historia matizada, diferente a la planteada por el materialismo histórico clásico de tradición kautskyana, para crear y realizar formas de relación social autoconscientes y placenteras, de corte fundamentalmente libertario. Esta perspectiva combate cualquier forma de autoridad porque considera que es en éstas en las que radica la imposibilidad de disfrutar los goces de la vida por parte de todo el mundo. A estos objetivos reivindicativos se une estrechamente, o puede contribuir decisivamente, una práctica de investigación y conocimiento del pasado que subraye la repetición, renovada en cada caso, de la experiencia humana del poder, porque de ese modo se sientan las bases de una perspectiva crítica y solidaria sobre la vida y sobre nuestras posibilidades para intervenir en ella.

2. ¿Qué historia?

El «materialismo histórico» ha propuesto desde sus orígenes un tipo de historia lineal, que describe cómo los grupos humanos se han organizado en cada época para subsistir, de manera que el *trabajo* y la organización en torno al trabajo son los principales vectores del cambio histórico.

El materialismo histórico ha planteado la existencia de una serie de modos de producción que se suceden unos a otros en función de una *ley fundamental*, que la propia arqueología descubre como disciplina asociada al «marxismo científico». Esta ley establece que el cambio histórico se produce a raíz de la *contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción*. A propósito de esta contradicción, en la historia se enfrentan el trabajo y la sociedad. Del lado del trabajo se encuentran las *fuerzas productivas*, que se desarrollan inmanentemente para que se pueda realizar el destino del trabajo, que es el control del medio para la satisfacción de necesidades elementales de subsis-

tencia con el menor esfuerzo posible; además de ellas, se hallan los *valores de uso* y el conjunto de *aspectos técnicos* que explican su significado, su esencia. Junto a la sociedad se encuentran las *relaciones de producción*, que caracterizan a la sociedad en función del tipo de administración de los resultados del trabajo (es decir, en función de unas relaciones de propiedad específicas); por ello, a ellas se ligan también el *valor de cambio* y las *relaciones de distribución*.

Como consecuencia de este esquema, la historia se puede resumir en la *triada* comunismo primitivo, sociedades clasistas y sociedad comunista. Cada elemento de la triada es un desarrollo necesario del precedente. La revolución (como resolución de la contradicción entre fuerzas y relaciones productivas, entre desarrollo natural y resistencia social) es un dato de la evolución y se reduce, entre otras cosas, a lograr que el trabajador pueda obtener íntegramente el producto de su trabajo o un equivalente en la forma de «valor» («valor constituido» para Proudhon 1975: 110). Esta es la expresión de la justicia universal.

Los arqueólogos, desde esta perspectiva, al estudiar los *restos materiales del pasado*, entendemos que éstos son resultado de la transformación de la naturaleza por el trabajo. Indican, así, un desarrollo particular de las fuerzas productivas (desarrollo antropológico y natural) (Arqueografía), frente al cual debemos inferir la influencia particular que, en forma de resistencia, ejercieron las relaciones de producción en un momento determinado (aspectos históricos) (Arqueología social, en el esquema de Lumbreras 1984: 26-7, 32, 92). Los restos materiales (instrumentos de trabajo, medio físico u objeto de trabajo, restos óseos como testimonio corpóreo de la fuerza de trabajo, productos y desechos) son el resultado de procesos técnicos de trabajo y es en ellos en los que toman su significado, como bienes para la satisfacción de necesidades. Se enfrentan, sin embargo, en cada época, a una administración social e histórica particular, que los sitúa en otros contextos o esferas sociales para hacer un uso determinado de ellos. Son materia, producida neutral y técnicamente, que es empleada socialmente, normalmente por grupos de interés en beneficio propio.

Algunos autores, como Montserrat Galcerán (1997), Moishe Postone (2003) o Jorge García López (2002), han señalado que esta perspectiva histórica responde a un discurso elaborado *en torno a*

Marx que diverge en diferentes puntos de la propuesta que éste realiza, sobre todo en los *Grundrisse* y en *El capital* (libro primero) (Marx 1999 [1867], 2001 [1939-41]).

Si leemos a Marx exigiendo una *perspectiva histórica matizada* aparece un diálogo diferente al planteado por el materialismo histórico más axiomatizante. De este diálogo nace una perspectiva histórica que permite estudiar el poder de una manera tal que su investigación ayude a transformar las realidades de explotación que vivimos. Centrándonos en el libro primero de *El capital*, podemos apreciar, desde el prólogo, que Marx estudia el capitalismo como modo de producción que ha sido constituido en unos lugares y en un momento específicos (Inglaterra, en particular, y Europa, en general, desde finales de la Edad Media). Esto implica que cualquier modo de producción, como entramado concreto de relaciones, es históricamente específico.

El interés de Marx por subrayar la especificidad histórica del capitalismo responde a la necesidad de subrayar la *especificidad de la lucha comunista*, que debe partir de unas condiciones reales y específicas de explotación para atacar sus bases concretas y transformar de raíz los modos de relación social entre individuos y colectivos que impone el capitalismo. Esto supone un alejamiento respecto de los moralismos que entienden la miseria (la «cuestión social», en el lenguaje de la época) como la prueba de un desequilibrio entre producción y consumo (es decir, de unas relaciones de distribución viciadas por los grupos propietarios), para proponer el análisis de su *función* en la sociedad capitalista (como condición necesaria de la riqueza de las clases explotadoras) (Friedman 1975: 445; Galcerán 1997: 203-4). Con ello, la *investigación*, que persigue determinar esas condiciones específicas y la función de ciertas relaciones sociales en la reproducción global de la sociedad y en la acumulación de capital, es una actividad política de primer orden: el análisis de la realidad concreta, paralelamente al activismo, es un medio clave para transformarla, porque determina dónde reside la base de la desigualdad y, por tanto, dónde hay que atacar.

Al señalar la especificidad del capitalismo, Marx apunta que las características que lo definen lo que hacen, en realidad, es singularizarlo, por lo que deben ser consideradas como exclusivas de ese modo de producción. La característica esencial del

capitalismo es el *establecimiento del trabajo como mediador fundamental de las relaciones sociales*, lo que implica que el propio trabajo es el estructurador básico de todas las dimensiones de la vida social e individual en el capitalismo. Esta *característica*, que convierte al trabajo (asalariado) en una actividad que produce plusvalía para el capitalista y un salario para el obrero, singulariza al modo de producción capitalista y por ello es *exclusiva de él*. A la hora de plantear un estudio histórico inspirado en Marx, entenderemos que las sociedades no capitalistas (por ejemplo las sociedades prehistóricas) se caracterizarán por cualquier aspecto menos por aquellos que caracterizan a las capitalistas. Se plantea así, desde el comienzo, una *caracterización por antónimos*, a partir de un «corte de alteridad». Este modo tan negativo de estudiar el pasado se debe a que Marx asume que la especificidad histórica no sólo afecta al objeto de estudio sino al sujeto de la investigación y de sus categorías. Debemos partir de nuestras propias realidades y categorías para ir deconstruyéndolas o historiándolas, con el objeto de hallar cómo son calificadas por las relaciones específicas de cada sociedad. Es en ellas en las que reside la determinación material, en un sentido marxiano. Para Marx, no podemos identificar el determinante de la sociedad capitalista con el determinante de otras sociedades; tan sólo podemos extrapolarlo, comparativamente, en el plano lógico-formal. Esto no permite aún establecer, entonces, qué es lo que determina una sociedad no capitalista particular, pero sí permite aproximarse a su determinación en términos históricos; en otras palabras, nos conduce a *pensar históricamente*.

En función de esta comprensión, los *objetos arqueológicos* constatan unas condiciones sociales determinadas que son las que hacen aparecer al trabajo y a otros aspectos de la sociedad de modos específicos. Así, el interés residirá en entender el trabajo desde el punto de vista de la sociedad, antes que la sociedad desde el punto de vista del trabajo (Postone 2003). En Marx, el *trabajo* es una categoría que ha sido constituida como resultado del fetichismo de las mercancías y del doble carácter del trabajo en el capitalismo. De cara a un análisis histórico, no podremos emplear esta misma categoría sino polémicamente, porque no estará respaldada por el substrato material que la ha creado en el capitalismo, que es la necesidad de objetivar o imprimir trabajo vivo en los resultados del trabajo como

criterio para su intercambio y como medio de vida para el obrero y terreno de enriquecimiento para el empresario.

Por otro lado, Marx rechaza que *en la realidad* capitalista **producción y distribución** sean dos esferas separadas y autónomas. Para Marx, la producción, con todos sus aspectos técnicos o concretos, sólo se explica como conjunto de prácticas que contribuye al proceso de valorización, y no como la realización de una esencia (trabajo) que es colonizada por la política a partir del acaparamiento de sus resultados por parte de grupos de interés (distribución). Consecuentemente, al estudiar historia caracterizaremos la producción y la distribución no con arreglo a la realización de una esencia y a su posterior colonización por parte de prácticas políticas, sino que intentaremos entender sus complejas mediaciones en el proceso global de reproducción de la sociedad y de las desigualdades.

Nosotros preferimos una historia más matizada porque permite dar cuenta, mejor que la simplificada, típicamente materialista histórica, de las realidades específicas en que se vivieron determinadas experiencias de poder en el pasado, en la medida en que busca conocer el substrato material que crea las totalidades que buscamos inferir, en nuestro caso el poder y la autoridad. Pero, ¿para qué querríamos una historia que diera cuenta de las realidades y condiciones específicas en que se han vivido distintas experiencias del poder? Consideramos que la investigación de este objeto de estudio juega un importante papel político en nuestras realidades contemporáneas.

3. ¿Para qué una historia matizada?

El **conocimiento y la práctica de la reflexión** permiten en nuestras sociedades la resistencia frente a la colonización de los sujetos sociales por el capital y a su constitución como seres ignorantes y manipulables. El **conocimiento y la reflexión sobre historia** nos empujan, más particularmente, a situarnos en la complejidad de nuestras realidades, en la medida en que definen diversas alteridades y nos hacen entender la compleja determinación de cualquier realidad social subrayando la profundidad temporal de la experiencia. El conocimiento de la historia (o la aspiración a su conocimiento) constituye un punto de apoyo sobre el que proyectar acción, y posicionarse, frente al futuro. La **historia**

del poder supone, finalmente, un combate frente a la amnesia y un elemento fundamental de resistencia, porque nos recuerda la reiteración de diferentes experiencias de poder, explotación y violencia. En conjunto, el **conocimiento y la reflexión sobre el poder en la historia** no sólo permiten la resistencia frente al poder sino la proposición de formas de relación social contrarias a cualquier forma de autoridad, es decir, potencian la creatividad, en la medida en que: nos sitúan en una experiencia específica y contemporánea de poder, nos permiten comprender las condiciones en que se desarrollan otras experiencias de poder y nos invitan a pensar y ejecutar formas libertarias de relación social.

Una historia matizada del poder es fundamentalmente contraria al esencialismo. Como historia, es una **historia científica**, que reflexiona sobre los límites de la verdad de su conocimiento, sin relativizar hasta el punto de considerar que cualquier relato es cierto si se puede pensar. Implica un estudio empírico, que en el caso de la arqueología busca desentrañar problemáticas históricas concretas a partir de las configuraciones específicas del registro material y a la luz de un esfuerzo agonista o combativo y de un espíritu antagonista, centrado en el conflicto antes que en el consenso de las relaciones sociales.

Como historia matizada del poder, es una **historia que transmite la tensión entre alteridad e identidad**. Considera que la experiencia social y subjetiva del poder a lo largo de la historia responde a la **repetición renovada** de esa experiencia, a una tensión entre aspectos cambiantes o históricos y permanentes o antropológicos. El poder aparece particularmente en una sociedad porque es una trama de relaciones antagonicas la que lo exige. Sin embargo, ocurre que son numerosas sociedades las que demandan un antagonismo constante para su propia reproducción, más allá de sus particularidades, como sociedades jerárquicas. Existe, pues, una tensión que nos impide afirmar que la historia se pueda reducir a un combate entre opresores y oprimidos, y que, al mismo tiempo, rechaza que las experiencias del poder sean únicas. Se plantea, por tanto, la cuestión del poder en términos no esencialistas, reclamando estudios de los mecanismos y condiciones específicos que hacen aparecer en cada sociedad la desigualdad y el despotismo.

Lo que permite una historia matizada del poder, contraria al esencialismo, es, por tanto, atacar las bases específicas sobre las que se erige cada expe-

riencia contemporánea del poder, proponiendo otras formas de relación social en función de las necesidades locales, del contexto global y del respeto al otro.

4. ¿Cómo realizar una historia matizada del poder?

Para llevar a cabo una historia matizada sobre el poder debemos reflexionar y ensayar diferentes prácticas. Éstas pueden dividirse formalmente en prácticas de investigación y prácticas de actuación, cuyo decurso no sólo no es incompatible sino que debe abordarse conjuntamente, aun respetando su autonomía.

En el plano de la investigación, se requeriría analizar cuatro puntos fundamentales, que atañen a la dimensión sociopolítica o sociológica de la práctica arqueológica. Los aspectos vinculados al diseño de un programa de estudio concreto sobre una problemática histórica particular deberán ser abordados en un trabajo distinto al que aquí se presenta, es decir, en el propio planteamiento teórico-metodológico de ese estudio histórico.

En primer lugar, se precisa una *crítica epistemológica*, que permita discutir el nexo entre discurso y realidad social e histórica, en el sentido de Foucault (1990). Esta crítica subraya la historicidad de las categorías y las líneas de discusión, definiendo los caminos por los que discurren y por tanto ofreciendo la posibilidad de modificarlos, en cuanto a los problemas de género, clase y academicismo. En segundo lugar, se demanda el análisis sobre la *organización del trabajo arqueológico*, que aborde las estructuras de poder que constituyen y respaldan el voluntariado, la arqueología de contrato y la estructura general de la investigación (como han hecho, respecto a la arqueología de contrato, Díaz del Río 2000, para el caso madrileño, o Patterson 1999, para el estadounidense). En tercer lugar, se requiere proseguir los estudios sobre el *sistema de formación de los arqueólogos*, poniendo de relieve la estructura vertical de la formación (en cuanto a recorrido y ordenación). Por último, se precisa continuar con la *crítica de los conceptos de difusión, patrimonio, educación, saber y desarrollo*, que destaquen las connotaciones que implican sobre profesionalismo, desigualdad, generación de beneficios (mercantilización), imposición de modos de percepción del mundo, etcétera.

El plano de la actuación es más complejo que el anterior, si cabe, porque exige la elaboración de una programación concreta en los términos de la *praxis*. Como esbozo, consideramos que una arqueología crítica y matizada debe enmarcarse en el plano de las luchas políticas que desafían la verticalidad del desarrollo profesional y vital, así como la arbitrariedad del poder y las condiciones en que se desarrolla. La arqueología que proponemos se centra en una actuación local, que permita el trabajo cotidiano con agentes sociales y la participación, como arqueólogos, en movimientos sociales. La actuación local implica la formación de diversos colectivos de arqueología que poseen sedes espacialmente identificables, que trabajan con otros agentes sociales y que se relacionan entre sí horizontalmente, es decir, como nodos en los que se desarrollan actividades autónomas y no antagónicas.

Si nos centramos en el ámbito urbano, este trabajo parte de una labor para concienciar a comunidades concretas del *valor de los objetos y lugares arqueológicos como «focos de memoria»*. A través de diversas actividades (elaboración de panfletos y manifiestos, visitas urbanas a lugares de memoria, talleres, paneles informativos en las calles, propuestas espontáneas de debate en lugares públicos...), se persigue proponer diversas informaciones, lo más inteligibles y contrastadas posible, para que los vecinos *puedan* adoptar una postura propia, no sólo a partir de lo que teóricamente más les conviene en un sentido inmediato, sino de la conciencia de lo que se juegan. En cuanto a políticas de reordenación urbana, en muchas ocasiones los vecinos, según informa la prensa y proclaman los políticos, apoyan la “modernización” de sus barrios y viviendas. Este acto de apoyo muchas veces está sostenido sobre la confusión, que se les ha impuesto, entre un modelo particular de transformación material y la idea de avance. La tarea de una arqueología combativa residiría, en este sentido, en plantear *contrainformación*. La crítica *arqueológica* de las problemáticas urbanas es uno de sus canales principales.

Una vez se ha avanzado en este sentido se puede proponer la *investigación conjunta o reflexión colectiva de carácter histórico*. Esto exige la ejecución de talleres específicos sobre temas arqueológicos, en que se reflexiona y discute la relación que mantenemos en nuestro presente con la materialidad: cómo estructura ésta nuestras prácticas y cómo es constituida para crear desigualdades y así-

metrías (aproximándonos a los modos de explotación social y a sus significados y funciones). Esta reflexión y discusión deben ser llevadas a cabo mediante la observación de nuestras realidades, de las realidades de nuestros barrios y de nuestra ciudad, así como de los contextos más amplios en los que nos incluimos complejamente. Transmitiremos la idea de que la estructuración de las prácticas cotidianas por parte de la materialidad se enmarca en una tradición determinada, que puede detectarse en la propia ciudad, y de que esta tradición puede compararse (*no identificarse*) con otras tradiciones a lo largo de la historia, que habrá que estudiar en cursos monográficos. En todas esas tradiciones veremos la actuación de las desigualdades y la formación de jerarquías e intentaremos entender qué es lo que hay de común entre todas ellas (como tradiciones diferentes) para que el enfrentamiento entre los seres humanos se haya convertido en una constante. Estas propuestas se vehiculan, de nuevo, a través de diversas actividades que, como puede adivinarse, deben tener un carácter menos espontáneo que las destinadas a la contrainformación. En este sentido, deben abordarse en *encuentros cotidianos en los llamados espacios sociales o colectivos*, como centros sociales autogestionados, aulas

municipales, institutos y colegios, prisiones, etcétera, adaptando cada propuesta a las especificidades de cada ámbito, pero manteniendo la necesidad de promover la reflexión sobre cada realidad y los nexos que las vinculan. La reflexión constante debe mantenerse a partir de la participación en fanzines, boletines, periódicos locales, portales electrónicos y en cualquier foro colectivo, principalmente conectado con los vecinos.

El respeto a la autonomía y la capacidad del otro debe borrar en nosotros cualquier huella de prepotencia como “informadores”, “expertos” o “líderes”. Es cierto que la dedicación específica a la arqueología nos permite poseer ciertas destrezas en el análisis, tratamiento y discusión de datos y líneas de razonamiento, y es preciso defender este logro. Pero en ningún caso debe servir como criterio de autoridad. El conocimiento no debería ser construido por expertos y luego ser difundido. Por el contrario, los problemas deberían plantearse por individuos y colectivos dedicados a una actividad particular, como es el estudio del pasado, y construirse colectivamente, a partir de la interacción con otros agentes sociales y con los ejes de las experiencias contemporáneas del poder que vivimos todas y todos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CASTRO, P.V. Y OTROS (1996): Teoría de las prácticas sociales. *Complutum Extra*, 6 (II): 35-48.
- CHESNEAUX, J. (1984): *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*. Siglo XXI, Madrid.
- DÍAZ DEL RÍO, P. (2000): Arqueología comercial y estructura de clase. *Gestión patrimonial y desarrollo social* (M.M. Bóveda López, coord.), USC, Santiago de Compostela: 7-18.
- FOUCAULT, M. (1990): *La arqueología del saber*. Siglo XXI, México.
- FREIRE, P. (2002): *La educación como práctica de libertad*. Siglo XXI, Madrid.
- FRIEDMAN, J. (1974): Marxism, structuralism and vulgar materialism. *Man*, 9 (3): 444-69.
- GALCERÁN, M. (1997): *La invención del marxismo. Estudio sobre la formación del marxismo en la socialdemocracia alemana de finales del siglo XIX*. Iepala, Madrid.
- GARCÍA LÓPEZ, J. (2002): ¿Cómo deshacernos de una vez del ‘marxismo’? *Theoria. Proyecto Crítico de Ciencias Sociales*. (Grupo de investigación Universidad Complutense de Madrid.) [<http://www.ucm.es/info/eurotheo/materiales/hismat/index.html>]. Acceso el 29/4/2005.
- LUMBRERAS, L.G. (1984): *La arqueología como ciencia social*. Casa de las Américas, La Habana: 7-185, 251-93.
- MARX, K. (1999 [1867]): *El capital. Crítica de la economía política*. Libro I. Traducción de W. Roces. Fondo de Cultura Económica, México, D.F.
- MARX, K. (2001 [1939-41]): *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*. 1857-1858. Volumen 1. Traducción de P. Scarón. Siglo XXI, México, D.F.
- MONTANÉ, J. (1980): *Marxismo y arqueología*. Ediciones de Cultura Popular, México, D.F.
- PATTERSON, T.C. (1999): The political economy of archaeology in the United States. *Annual Review of Anthropology*, 28: 155-74.
- POSTONE, M. (2003): *Time, labor, and social domination. A reinterpretation of Marx's critical theory*. CUP, Cambridge.
- PROUDHON, P.J. (1975 [1846]): *Sistema de las contradicciones económicas o filosofía de la miseria*, vol. 1. Júcar, Madrid: 35-266.